

WILL SMITH CON MARK MANSON

WILL

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Will*

Will Smith
Mark Manson

© 2021, Treyball Content LLC
Publicado originalmente en inglés por Penguin Random House LLC

© 2021, Traducción: Montserrat Asensio Fernández y Ladislao Bapory Sité

© 2021, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Créditos de las imágenes de interior en las páginas 457-458
Créditos de las canciones y de los textos citados en las páginas 459-460

Primera edición impresa en España: diciembre de 2021
ISBN: 978-84-08-21612-4

Primera edición en formato epub en México: febrero de 2022
ISBN: 978-607-07-8298-5

Primera edición impresa en México: febrero de 2022
ISBN: 978-607-07-8302-9

Nota: Algunos nombres y características identificativas han sido modificados para proteger la privacidad de las personas implicadas.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso en México – *Printed in Mexico*

ÍNDICE

El muro	9
1. Miedo.....	13
2. Fantasía.....	31
3. Interpretación	49
4. Poder.....	69
5. Esperanza.....	95
6. Ignorancia	127
7. Aventura.....	143
8. Dolor	157
9. Destrucción.....	177
10. Alquimia.....	197
11. Adaptación	215
12. Deseo	237
13. Devoción.....	263
14. Auge.....	279

15. Infierno	305
16. Propósito.....	325
17. Perfección	351
18. Motín	373
19. Retiro	395
20. Renuncia	413
21. Amor.....	433
El salto	445
Agradecimientos	455
Créditos de las imágenes	457
Créditos de las canciones y de los textos citados	459

UNO

MIEDO

Yo siempre me he considerado un cobarde. La mayoría de mis recuerdos de infancia están marcados por algún tipo de miedo que sentía: miedo a otros niños, miedo a que me hicieran daño o a sentir vergüenza, miedo a que me consideraran débil.

Pero, sobre todo, me daba miedo mi padre.

Cuando tenía nueve años, vi cómo mi padre le daba un puñetazo a mi madre en la sien con tanta fuerza que se desplomó. La vi escupir sangre. Ese momento en ese dormitorio, probablemente más que cualquier otro momento de mi vida, ha definido lo que soy ahora.

Todo lo que he conseguido desde entonces, los premios y los reconocimientos, los focos y la atención mediática, los personajes y las risas, han estado marcados por un sutil deseo reiterado de pedir perdón a mi madre por mi inacción aquel día. Por fallarle en ese momento. Por no enfrentarme a mi padre.

Por ser un cobarde.

El «Will Smith» que tú conoces, el rapero aniquilador de extraterrestres, esa estrella de cine más grande que la vida misma, es en gran parte una ilusión, un personaje cuidadosamente elaborado y perfeccionado, diseñado para protegerme a mí mismo. Para esconderme del mundo. Para esconder al cobarde.

Mi padre era mi héroe.

Se llamaba Willard Carroll Smith, pero todos le llamábamos «Daddio».

Nació y se curtió en las duras calles del Norte de Filadelfia en la década de los cuarenta. El padre de mi padre, mi abuelo, era propietario de un pequeño puesto de pescado. Tenía que trabajar desde las cuatro de la mañana hasta altas horas de la noche todos los días. Mi abuela era enfermera y solía cubrir el turno de noche en el hospital municipal. Como resultado, mi padre pasó gran parte de su infancia solo, sin ninguna supervisión parental. Las calles del Norte de Filadelfia tenían su particular forma de endurecerse. O bien crecía en ti un maldito hijo de puta, o bien el barrio acababa contigo. Mi padre empezó a fumar a los once años y a los catorce ya bebía. Desarrolló entonces una actitud desafiante y agresiva que lo acompañaría toda su vida.

Cuando tenía catorce años, mis abuelos, asustados por esa actitud, reunieron todo el dinero que pudieron y lo mandaron a un internado agrícola en la Pensilvania rural, donde los niños aprendían técnicas de agricultura y nociones básicas de bricolaje. Era un lugar estricto y tradicional, y al enviarlo allí esperaban que consiguiera la estructura y la disciplina tan necesarias en su vida.

Pero a mi padre no había quien le dijera lo que tenía que hacer. Aparte de trabajar con los motores de los tractores, ni se molestaba con el resto de las tareas, que describía como «estupideces de pueblerinos». Se saltaba las clases, fumaba y seguía bebiendo.

A los dieciséis años, mi padre dio por terminada su estancia en esa escuela y estaba decidido a marcharse a casa. Pensó que lo mejor era que lo expulsaran. Comenzó a interrumpir en clase, a ignorar todas las reglas y a enemistarse con cualquiera que tuviera autoridad. Pero cuando los administradores intentaron enviarlo a casa, mis abuelos se negaron a aceptarlo de vuelta. «Hemos pagado el año completo —dijeron—. Les pagamos para que lo aguanten, así que háganlo.» Mi padre estaba atrapado.

Pero mi padre era un espabilado, y estaba decidido a encontrar la salida: en su decimoséptimo cumpleaños, se escapó del campus,

caminó diez kilómetros hasta la oficina de reclutamiento más cercana y se alistó en la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Típico comportamiento de mi padre: estaba tan empeñado en desafiar a la autoridad y rebelarse contra sus padres y contra la escuela que salió de la jaula del internado agrícola para meterse directamente en los barracones del Ejército de Estados Unidos. Acabó metido justo en la estructura y la disciplina que mis abuelos deseaban inculcarle tan desesperadamente.

Pero resultó que a mi padre el Ejército le encantó. Fue allí donde descubrió el poder transformador del orden y la disciplina, dos valores que llegó a adorar como si fueran barrotes que lo protegían de las peores partes de sí mismo. Se despertaba a las cuatro de la madrugada, entrenaba toda la mañana, trabajaba todo el día y estudiaba toda la noche. Encontró su camino. Descubrió que podía con cualquiera y empezó a sentirse orgulloso de ello. Ese era otro aspecto de su actitud desafiante. Nadie podía obligarlo a despertarse con una corneta porque él ya estaba despierto.

Con su apasionada ética de trabajo, su energía ilimitada y su innegable inteligencia, debería haber ascendido rápidamente en las filas. Pero había dos problemas.

En primer lugar, tenía un temperamento brutal, y si alguien no tenía razón, sin importar si se trataba de un oficial superior, mi padre no obedecía. Y, en segundo lugar, su forma de beber. Mi padre era una de las personas más inteligentes que he conocido, pero cuando estaba enojado o borracho se convertía en un idiota. Se saltaba sus propias reglas, subvertía sus propios objetivos y destruía sus propias cosas.

Tras unos dos años en el Ejército, esa racha autodestructiva traspasó los límites del orden y puso fin a su carrera militar.

Una noche, los chicos de su pelotón y él estaban apostando (a mi padre se le daban muy bien los dados). Les quitó a esos tipos casi mil dólares. Después de guardar las ganancias en su taquilla, salió a comer algo, pero cuando regresó del comedor los compañeros le habían robado el dinero. Hecho una fiera, mi padre se emborrachó, sacó su pistola de servicio y se lió a tiros dentro del barracón. Nadie

resultó herido, pero fue suficiente para que la Fuerza Aérea lo invitara a marcharse. Tuvo suerte de que no lo sometieran a un consejo de guerra. En su lugar, se limitaron a despedirlo, subirlo a un autobús y pedirle amablemente que no volviera nunca más.

Esto generó una tensión presente durante toda la vida de mi padre. Él se exigía un estricto nivel de perfección a sí mismo, y también a las personas que lo rodeaban, pero después de tomarse varias copas de más, o cuando perdía el control, acababa destruyéndolo todo.

Mi padre regresó a Filadelfia. Sin perder el ánimo, aceptó un trabajo en una acería mientras estudiaba por las noches. Se puso a estudiar ingeniería, y mostraba un gran talento tanto para la electricidad como para la refrigeración. Un día, después de que pasaran por alto su candidatura para una promoción en la acería por tercera o cuarta vez debido a su color de piel, simplemente salió por la puerta y no volvió jamás. Ya estaba formado en refrigeración, así que decidió abrir su propio negocio.

Mi padre era un hombre brillante. Como muchos hijos, yo sentía adoración hacia mi padre, pero también le tenía pavor. Él fue una de las mayores bendiciones de mi vida y, al mismo tiempo, una de las mayores fuentes de dolor.

El nombre de soltera de mi madre era Carolyn Elaine Bright. Era una chica de Pittsburgh, nacida y criada en Homewood, un vecindario predominantemente negro en el lado este de la ciudad.

Mi madre, también conocida como «Mom-Mom», es una persona elocuente y sofisticada. Tiene un cuerpo menudo, y dedos de pianista largos y elegantes, del tamaño perfecto para ofrecer una magnífica interpretación de «Para Elisa». Fue una alumna destacada en el colegio Westinghouse y una de las dos primeras mujeres negras en estudiar en la Universidad Carnegie Mellon. Solía decir que el conocimiento era lo único que el mundo no te podía arrebatar.

Y a ella solo le preocupaban tres cosas: la educación, la educación y la educación.

Le encantaba el mundo de los negocios: la banca, las finanzas, las ventas y los contratos. Mi madre siempre tuvo su propio dinero.

La vida de mi madre avanzó con rapidez, como era común entonces en aquella época. Se casó con su primer marido a los veinte años, tuvo una hija y se divorció menos de tres años después. A los veinticinco años, siendo madre soltera, probablemente era una de las mujeres afroamericanas con más formación de todo Pittsburgh, y aun así hacía trabajos por debajo de su verdadero potencial. Se sentía atrapada y a la vez sedienta de oportunidades, así que recogió sus cosas y las de su bebé y se mudó a vivir con su madre, mi abuela Gigi, a Filadelfia.

Mis padres se conocieron en el verano de 1964. Mi madre trabajaba en la notaría del Fidelity Bank de Filadelfia. Se dirigía a una fiesta con unas amigas, y una de ellas le dijo que tenía que conocer sí o sí a un hombre. Ese hombre se llamaba Will Smith.

En muchos sentidos, mi madre es todo lo contrario a mi padre. Mientras que mi padre era el centro de atención, escandaloso y carismático, mi madre es tranquila y reservada. No porque sea tímida o apocada, sino porque «solo habla para mejorar el silencio». A ella le encantan las palabras y siempre las elige con cuidado; tiene un deje sofisticado y académico. Mi padre, sin embargo, era gritón y soltaba sin parar jerga barriobajera del Norte de Filadelfia de los años cincuenta. A él le encantaba ser poético con las groserías. Un día le oí llamar a alguien «cerdo cabrón, barato y mezquino, chupavergas, rata sucia».

Mi madre no dice groserías.

Es importante señalar que, en aquella época, mi padre era el prototipo de macho. Un metro ochenta y ocho, inteligente, apuesto y orgulloso propietario de un flamante Pontiac descapotable rojo. Era un tipo divertido, sabía cantar, tocaba la guitarra. Embelesaba a la gente. Era el típico que siempre acababa con todo el mundo alrededor, con una copa en una mano y un cigarro en la otra, un narrador nato que sabía cómo mantener una fiesta animada.

Cuando mi madre vio a mi padre por primera vez, le recordó a Marvin Gaye solo que más alto. Era listo, y sabía cómo tratar con la gente. Podía llegar a donde fuera y conseguir tanto bebidas gratis como una buena mesa. Mi padre tenía una forma de moverse por el mundo como si todo estuviera bajo control y todo fuera a salir bien. Esto a mi madre le resultaba reconfortante.

El recuerdo de mi madre de sus primeros días juntos consiste en un montaje de imágenes borrosas en restaurantes y discotecas, con un torrente de bromas y risas como hilo conductor. Mi madre estaba encantada con lo gracioso que era mi padre, pero lo más importante para ella eran sus ambiciones. Tenía su propio negocio. Tenía empleados. Quería trabajar en barrios blancos, con gente blanca trabajando para él.

Iba a llegar lejos.

Mi padre no estaba acostumbrado a relacionarse con mujeres del nivel educativo de mi madre. «Carajo, esta muñequita es lista, la hija de puta», pensaría él. Mi padre tenía de sabiduría callejera el nivel que mi madre tenía de sabiduría académica.

Pero mis padres también tenían mucho en común. A ambos les apasionaba la música. Les encantaban el jazz, el blues y, más tarde, el funk y el R&B. Vivieron los gloriosos días de la Motown y pasaron gran parte de esa época bailando juntos en las sudorosas fiestas que se hacían en los sótanos y en los clubes de jazz.

También tenían cosas en común bastante sorprendentes, cosas que asustan y hacen pensar: *Esto debe de ser obra divina*. Los dos tenían madres enfermeras que trabajaban en turnos de noche (una se llamaba Helen y la otra Ellen). Ambos pasaron por matrimonios de corta duración cuando tenían veintipocos años, y ambos tuvieron hijas. Y lo que es quizá la coincidencia más extraña, ambos habían llamado a sus hijas Pam.

Mis padres se casaron en una ceremonia íntima en las cataratas del Niágara en 1966. Poco después, mi padre se mudó a la casa de mi abuela Gigi, en la calle 54 Norte en el Oeste de Filadelfia. No pasó mucho tiempo hasta que combinaron sus diferentes fortalezas y talentos formando un equipo muy eficaz. Mi madre dirigía la

oficina de papá: nóminas, contratos, impuestos, contabilidad y permisos. Y mi padre hacía lo que mejor sabía hacer: trabajar duro y ganar dinero.

Más tarde, los dos hablarían con cariño de esos primeros años. Eran jóvenes, estaban enamorados, eran ambiciosos y les iba cada vez mejor.

Mi nombre completo es Willard Carroll Smith II, pero no «Junior». Mi padre siempre corregía a la gente: «¡Oye, que no es Junior, carajo!». Él sentía que llamarme Junior nos dejaba en mal lugar a los dos.

Nací el 25 de septiembre de 1968. Mi madre dice que desde el momento en el que aparecí ya era muy hablador. Estaba siempre sonriendo, balbuceando y cotorreando; me contentaba con hacer ruido.

Gigi trabajaba en el turno de noche en el hospital Jefferson, en el distrito central de Filadelfia, y me cuidaba por las mañanas mientras mis padres trabajaban. Su casa tenía un porche enorme que me servía como asiento de primera fila para las dramáticas escenas de la calle 54 Norte, y a la vez como escenario desde el que podía unirme a la actuación. Ella me ponía en ese porche y me observaba mientras yo parloteaba con todos y cada uno de los que pasaban. A esa edad ya me encantaba tener público.

Los gemelos, Harry y Ellen, nacieron el 5 de mayo de 1971. Y, contando a la hija de mi madre, Pam, éramos seis bajo el mismo techo.

Afortunadamente, el emprendedor del Norte de Filadelfia que habitaba en mi padre estaba vivo y coleando. Había pasado de reparar frigoríficos domésticos a instalar y mantener refrigeradores y congeladores en los principales supermercados. Su negocio estaba despegando y se estaba expandiendo más allá de Filadelfia, hacia los suburbios de alrededor. Comenzó a hacerse con una flota de camiones y a contratar una cuadrilla de técnicos de refrigeración y de electricidad. También alquiló un pequeño edificio para usarlo como base de operaciones.

Mi padre siempre se buscaba bien la vida. Recuerdo que un invierno particularmente gélido el negocio no iba demasiado bien, así que mi padre aprendió por sí mismo a reparar calentadores de queroseno. Estaban muy de moda en Filadelfia en ese momento. Puso un montón de carteles y la gente empezó a traerle sus calentadores rotos. Mi padre se dio cuenta de que una vez que había arreglado un calentador tenía que «probarlo» durante un par de días para asegurarse de que funcionaba bien. A veces se le acumulaban diez o doce calentadores de queroseno «en pruebas para verificar la calidad del trabajo». Tanto calentadores podían caldear fácilmente toda una fila de adosados del Oeste de Filadelfia, incluso en los inviernos más fríos. Así que mi padre canceló nuestro contrato de gas, mantuvo la familia calentita durante el invierno y además le pagaron por ello.

Para cuando yo tenía dos años, mi padre había consolidado el negocio familiar lo suficiente como para comprar una casa a un kilómetro y medio de distancia de Gigi, en un vecindario de clase media en el Oeste de Filadelfia llamado Wynnefield.

Crecí en el 5943 de la avenida Woodcrest, en una calle de tres filas de treinta adosados de ladrillo rojo grisáceo. La proximidad de las casas fomentaba un fuerte sentido de comunidad (también significaba que si tu vecino tenía cucarachas, tú no te librabas). Todos nos conocíamos. Para una joven familia negra en la década de los setenta, eso era lo más cercano posible al sueño americano.

Al otro lado de la calle estaba el colegio Beeber y su majestuoso patio de cemento: baloncesto, beisbol y chicas saltando a la cuerda doble. El clásico boxeo a mano abierta. Y en cuanto hacía buen tiempo, llegaban también los globos de agua. El vecindario estaba lleno de niños, y siempre estábamos fuera jugando. A menos de cien metros de mi casa vivían casi cuarenta niños de mi edad. Stacey, David, Reecie, Cheri, Michael, Teddy, Shawn, Omarr y muchos más, y eso sin contar ni a sus hermanos ni a los niños de las otras manzanas. (Stacey Brooks fue la primera amiga que tuve en este mundo. Nos conocimos el día en que mi familia se mudó a Woodcrest. Yo tenía dos años y ella tres. Nuestras madres empuja-

ron nuestras carriolas hasta estar lo suficientemente cerca como para presentarnos. Yo me enamoré de ella antes de cumplir los siete años, pero ella estaba enamorada de David Brandon. Él tenía nueve.)

Eran buenos tiempos, y la gente claramente estaba teniendo sexo... y mucho.

Habermé criado en una familia de clase media contribuyó a las constantes críticas que recibí al principio de mi carrera como rapero. Yo no era un rufián ni vendía drogas. Crecí en una bonita calle y en una casa con mis dos padres. Fui a un colegio católico con una mayoría de niños blancos hasta los catorce años. Mi madre tenía formación universitaria. Y, a pesar de todos sus defectos, mi padre siempre trajo comida a la mesa y habría preferido morir antes que abandonar a sus hijos.

Mi historia era muy diferente a la que contaban los jóvenes negros que estaban lanzando el fenómeno global que más tarde se convertiría en el hip-hop. En sus mentes, yo era de algún modo un rapero ilegítimo; me llamaban «blandengue», «ordinario», «cursi», «rapero de vergüenza», y a mí esas críticas me ponían enfermo. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que tal vez estaba proyectando un poco, pero la razón por la que me sentaban tan mal era que, sin saberlo, estaban hurgando en lo que más odiaba de mí mismo, esa sensación de ser un cobarde.

Mi padre veía el mundo en términos de soldados y misiones, una mentalidad militar que dominaba todas las facetas de su vida. Pretendía dirigir nuestra familia como si fuéramos un pelotón en un campo de batalla y nuestra casa de Woodcrest, un cuartel. No nos pedía que recogiéramos nuestros cuartos o que tendiéramos las camas, nos daba órdenes: «Vigila tu sector».

En su mundo no existían las «cosas pequeñas». Hacer los deberes era una misión. Limpiar el baño era una misión. Hacer la compra era una misión. ¿Lavar el suelo? Nunca se trataba únicamente de lavar el suelo, se trataba de tu capacidad para obedecer órdenes, ser

disciplinado y realizar una tarea a la perfección. Uno de sus dichos favoritos era: «Noventa y nueve por ciento es lo mismo que cero».

Si un soldado cometía algún fallo en su misión, tenía que repetirla hasta llevarla a cabo sin fisuras. Desobedecer una orden implicaba afrontar un consejo de guerra, y el castigo por lo general llegaba en forma de un cinturón en el trasero desnudo (nos decía: «Quítate los pantalones, no voy a darle a la ropa que he comprado yo»).

En la mente de mi padre, todo era a vida o muerte. Se dedicaba a preparar a sus hijos para prosperar en un mundo cruel, un mundo que él consideraba caótico y brutal. Inspirar miedo era, y sigue siendo en gran medida, una táctica cultural para la crianza de los hijos en las comunidades negras. El miedo se acepta como una necesidad para la supervivencia. Se cree, de manera generalizada, que para proteger a las niñas y los niños negros estos deben temer la autoridad de los padres. Infundir miedo se considera una prueba de amor.

El 13 de mayo de 1985, mi padre entró en nuestros cuartos gritándonos que nos tiráramos al suelo. Unos pocos de kilómetros al sur de Woodcrest, el Departamento de Policía de Filadelfia acababa de lanzar un par de bombas en un barrio residencial. Oímos a lo lejos el tra-tra-tra-tra-tra-ratatatra de las armas automáticas. Cinco niños y seis adultos murieron ese día en lo que ahora se conoce como el atentado de MOVE. Dos manzanas enteras de la ciudad, sesenta y cinco viviendas, quedaron calcinadas hasta los cimientos.

Las noticias siempre parecían reforzar el punto de vista de mi padre. Su ideología giraba en torno a entrenarnos mental y físicamente para afrontar las adversidades inevitables de la vida, pero lo que creó sin darse cuenta fue un ambiente de tensión y ansiedad constantes.

Recuerdo que un domingo por la tarde mi padre se había tomado el día libre, algo poco común, y estaba sentado en la sala viendo la televisión. Me llamó:

—Oye, Will.

—¿Sí, papá? —contesté solícito de inmediato.

—Corre a donde el señor Bryant y tráeme mis cigarros Tareyton 100.

—¡Sí, señor!

Me entregó cinco dólares y caminé hacia la tienda de la esquina. Yo tendría quizá unos diez años en ese momento, pero era la década de los setenta, cuando los padres podían enviar a sus hijos a comprar tabaco.

Corrí calle abajo directamente a la tienda del señor Bryant sin detenerme y casi sin aliento, como un buen soldado.

—Hola, señor Bryant. Mi padre me manda a recoger sus cigarros.

—¿Qué crees, Will? —dijo el señor Bryant—. No han llegado hoy, dile que debería tenerlos mañana. Le guardaré un cartón.

—Está bien, gracias, señor Bryant. Se lo diré.

Aún seguía en modo buen soldado, y me dirigí a casa. En el camino de regreso, me encontré con David y Danny Brandon, que acababan de comprarse una cosa nueva y extraña: una pelota de fútbol Nerf. Era un balón, pero blando.

Cualquier soldado se habría detenido.

Esa cosa era increíble. No cabía en mí de fascinación por el ingenio de aquel objeto extraordinario. ¡Podías lanzarlo en invierno y no te haría daño en los dedos cuando lo atrapasas! Y si no lo agarrabas y te golpeaba en la cara, ¡no te pasaría nada! Un minuto se convirtió en cinco, y luego cinco en diez, diez en veinte... De repente, David y Danny se quedaron petrificados, con los ojos clavados en un punto por encima de mi hombro.

Me giré y el estómago me dio un vuelco. Mi padre, con el torso desnudo, caminando en medio de la calle a grandes zancadas, directamente hacia mí.

—¿QUÉ DEMONIOS ESTÁS HACIENDO?

David y Danny desaparecieron. Y yo intenté explicarme ensiguila.

—Papá, el señor Bryant dijo que los cigarros no llegaron...

—¿QUÉ TE PEDÍ QUE HICIERAS?

—Lo sé, papá, pero es que...

—¿QUIÉN ESTÁ AL MANDO?

—¿Qué...?

—¿QUIÉN ESTÁ AL MANDO, TÚ O YO?

El corazón me latía tan fuerte que se me salía del pecho, y la voz me temblaba.

—Tú, papá.

—¡PORQUE SI DOS PERSONAS ESTÁN AL MANDO, TODO EL MUNDO MUERE, ASÍ QUE SI ESTÁS TÚ AL MANDO, DÍMELO, Y ENTONCES YO QUEDARÉ A TUS ÓRDENES!

Tenía las fosas nasales dilatadas, la vena de la sien izquierda palpitando enloquecidamente y su mirada enfurecida atravesaba mi frágil inocencia de diez años.

—Cuando te envío a una misión, hay dos posibilidades. Uno: completas la misión. O dos: ESTÁS MUERTO. ¿Me entiendes?

—Sí, papá.

Mi padre me agarró por la nuca y me arrastró hasta casa.

No pensaba que me mereciera una paliza por eso. La mayoría de las veces que me pegaban durante mi infancia, no pensaba que me lo mereciera, lo vivía como una injusticia. Yo no era el tipo de niño al que hacía falta pegar: lo único que buscaba era complacer. David Brandon sí que necesitaba una paliza. Y Matt Brown también. Si me metía en problemas, solía ser porque me distraía, se me había olvidado algo o estaba disperso. Creo que el castigo corporal en mi infancia me convenció de que yo era malo.

El miedo constante que sentí durante mi niñez afinó mi sensibilidad para captar los detalles de mi entorno. Desde muy joven, desarrollé una intuición aguda, una habilidad para sintonizarme con cada una de las emociones que me rodeaban. Aprendí a prever la ira, a anticipar la alegría y a comprender la tristeza a niveles mucho más profundos que la mayoría de los otros niños.

Reconocer estas emociones resultaba crucial y decisivo para mi seguridad: el tono de voz de mi padre, una pregunta puntual de

mi madre, un tic en el ojo de mi hermana, eran cosas que yo procesaba de manera rápida y certera. Una mirada perdida o una palabra mal interpretada podrían convertirse enseguida en un cinturón en mi trasero o en un puñetazo en la cara de mi madre.

Mi padre tenía un llavero en forma de bolsita de cuero negro atado a su cinturón de herramientas con unas treinta llaves que a mí me servía como sistema de alarma. En cuanto entraba por la puerta, se oía el tintineo de las llaves cuando las colocaba de nuevo en la bolsa y se volvía a ajustar el llavero a la altura de la cadera. Desarrollé tal sensibilidad que era capaz de diferenciar su estado de ánimo por el ritmo y la intensidad con que manipulaba las llaves. Mi cuarto estaba en lo más alto de las escaleras, y daba a la puerta principal. Si mi padre estaba de buen humor, las llaves tintineaban sin esfuerzo, como si fueran más ligeras de lo habitual. Si estaba enojado, podía oír cómo le costaba ajustárselas de nuevo en la cadera.

Y si estaba borracho, las llaves importaban bien poco.

Este nivel de conciencia emocional lo he conservado toda mi vida. Paradójicamente, me ha resultado muy útil como actor y como intérprete. Era capaz de reconocer, comprender y emular con facilidad emociones complejas mucho antes de saber que me pagarían por ello.

Mi padre nació nada más terminar la Gran Depresión. Era un niño negro pobre que vivía en las calles del Norte de Filadelfia en la década de los cuarenta. Dejó los estudios a los dieciséis años. Sin embargo, a lo largo de su vida, llegó a levantar un negocio con una docena de empleados y siete camiones, vendiendo treinta mil toneladas de hielo al día a tiendas de alimentación y supermercados en tres estados. Se pasaba semanas sin tomarse un día libre, y décadas sin irse de vacaciones. Mi madre tiene recuerdos de mi padre volviendo a casa del taller en mitad de la noche, tirando miles de dólares en efectivo encima de la cama y diciéndole «Cuenta eso», para luego salir inmediatamente y regresar al trabajo.

Mi padre me daba miedo, y también fue uno de los hombres más grandes que he conocido. Era violento, pero no se perdía nuestros partidos ni las obras de teatro. Era un alcohólico, pero se presentó sobrio a todos los estrenos de todas mis películas. Escuchaba todos mis discos y visitaba todos los estudios de grabación. Ese mismo perfeccionismo tan intenso que aterrizaba a su familia trajo comida a la mesa todas las noches de mi vida. Muchos de mis amigos crecieron sin conocer a su padre o sin tenerlo cerca. Pero mi padre me cubrió siempre las espaldas y jamás abandonó su puesto, ni una sola vez.

Y aunque nunca aprendió a vencer a sus propios demonios, sí cultivó en mí las herramientas para que yo me enfrentara a los míos.

Todos sufrimos mucho a causa de la visión militarista del amor y de la familia de mi padre, pero nadie sufrió más que mi madre. Si tener dos personas al mando implicaba que todos morían, eso significa que mi madre nunca podía estar al mando.

El problema era que mi madre no era el tipo de mujer a la que se pudiera mandar. Tenía formación, y era orgullosa y terca, y por mucho que le rogáramos que por favor se callara, ella se negaba.

Una vez, cuando mi padre le dio una bofetada, ella lo incitó.

—¡Vaya, qué hombre eres! Crees que pegarle a una mujer te convierte en macho, ¿no?

Él le asestó otro golpe que la tiró al suelo.

Ella se puso en pie de nuevo, lo miró a los ojos y le dijo con voz calmada:

—Pégame todas las veces que quieras, no puedes hacerme daño.

Eso nunca se me ha olvidado: que él pudiera golpear su cuerpo, pero, de algún modo, ella fuera capaz de controlar lo que le hacía daño. Yo deseaba ser así de fuerte.